

SERAFÍN y JOAQUÍN
ÁLVAREZ QUINTERO

Sin palabras

COMEDIA EN UN ACTO



SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

—
1914



Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia

T. BORRÁS

N.º de la procedencia

3176

SIN PALABRAS

Esta obra es propiedad de sus autores.

Los representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction, réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Copyright, 1913, by S. y J. Álvarez Quintero.

SERAFÍN y JOAQUÍN
ÁLVAREZ QUINTERO

SIN PALABRAS

COMEDIA EN UN ACTO

Estrenada en el TEATRO DE LA COMEDIA el 24 de Mayo
de 1913



MADRID
IMPRESA DE REGINO VELASCO

1914

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

JUSTINA	María Palou.
ALONSA.....	Irene Alba.
LORENZO.....	Manuel González.
DON JESÚS	Pedro Zorrilla.



SIN PALABRAS

Gabinete en una casita de campo cerca de Guadalema. Puertas a la derecha y a la izquierda, y mirador al foro. Muebles bonitos. Es por la mañana en un buen día del florido Mayo.

DON JESÚS, administrador del dueño de la casa y hombre apocado y tímido, lee tranquilamente un periódico. Óyese luego la sonora campana de la verja de entrada, y don Jesús suspende su lectura y rompe a hablar.

Don Jesús. Llamando. ¿Alonsa?

Alonsa. Dentro. ¡Ya, ya he oído!

Don Jesús. ¿Va usted a ver quién es?

Alonsa. ¡Ha ido Roque! Don Jesús, que a lo sumo cree que el que llama es uno que viene a ofrecer conejos y gallinas, sigue leyendo. Poco después asoma en la puerta de la derecha del actor la tal ALONSA, activa y diligente ama de llaves, y dice: Don Jesús.

Don Jesús. ¿Qué hay?

Alonsa. Una visita.

Don Jesús. Incorporándose sobresaltado. ¿Una visita?

Alonsa. Sí, señor. Al recién llegado, que aún está dentro Pase usted, caballero.

Y pasa LORENZO, nuestro héroe. Es un buen mozo, que viene en guisa de jinete.

Durante su breve visita, don Jesús, perplejo y aturdido, casi no acierta a hablar. Alonsa, en cambio, trata constantemente de resolver o salvar la situación, que sin duda es comprometida.

Lorenzo. Buenos días.

Don Jesús. Bue... buenos días.

Lorenzo. ¿La señorita Estela Murillo?

Don Jesús. ¿La... la señorita... Estela Murillo...?

Alonsa. Ah, ¿viene usted en busca de la señorita?

Lorenzo. Sí, señora.

Alonsa. Pues en este momento no está.

Lorenzo. ¿No está?

Don Jesús. En este momento... no está.

Lorenzo. ¿Pero volverá pronto?

Don Jesús. No, señor, no...

Alonsa. ¿Cómo que no?

Don Jesús. Sí, señor, sí...

Alonsa. Volverá en seguida, caballero. ¡Si tiene que venir a almorzar y ya son las doce! Es que gusta mucho de salir en la mañana a pasear por estos campos, que son tan hermosos.

Lorenzo. Sí lo son.

Alonsa. Si usted quiere esperarla...

Don Jesús. Aterrado. ¿Esperarla?

Alonsa. Confundiéndolo con un gesto. ¡Claro, señor!

Lorenzo. No; mil gracias. Prefiero dar una vuelta en mi caballo por estos contornos. No conocía el sitio y me ha cautivado realmente.

Alonsa. Y a todo el que lo ve.

Don Jesús. A todo el que lo ve.

Lorenzo. ¡Bien situada está la casita! ¡Delicioso recreo se ha buscado el bueno de don Avelino!

Don Jesús. Con la nuez fuera de su sitio. Ah, pero... ¿usted conoce a don Avelino?

Lorenzo. En su nombre vengo.

Don Jesús. En su nombre vengo... en su nombre viene...

Lorenzo. ¿Qué?

Alonsa. ¿Según eso viene usted de Madrid?

Lorenzo. Justo. Y traigo esta carta de don Avelino para la señorita Estela.

Alonsa. Ya.

Lorenzo. Háganme el favor de entregársela, y así, cuando yo vuelva, ya estará advertida...

Don Jesús. ¿Ella sabe... ella no sabe... ella tiene... ella no tiene... ella...?

Alonsa. ¿Usted conoce a la señorita, caballero?

Lorenzo. No, señora; no tengo ese gusto.

Alonsa. ¿No?

Lorenzo. Me ha hablado de ella don Avelino, y me ha interesado grandemente su desgracia.

Alonsa. Don Avelino la quiere como un padre.

Lorenzo. Sí, por cierto. Pone en sus palabras, al nombrarla y al referirse a ella, una compasión que conmueve. De ahí que yo le ofreciera, a mi paso para Guadalema, hacerle esta visita.

Alonsa. Mire usted que es lástima, la pobre. Ya verá usted qué pena da. Tan linda, tan simpática, tan inteligente... y mudita.

Don Jesús. Mudita.

Lorenzo. Sí que es gran tristeza.

Alonsa. A nosotros ya no nos impresiona. Usted calcule: acostumbrados de toda la vida... Y nos entendemos con ella como si hablara. Pero al que por primera vez la ve sí le causa dolor.

Lorenzo. Es natural. Pues yo volveré por aquí dentro de un buen rato, a ver si ya la encuentro.

Alonsa. ¡De seguro!

Don Jesús. ¿Eh?

Lorenzo. Hasta luego, entonces.

Don Jesús. ¿No quiere usted sentarse?

Alonsa. ¡A buena hora se lo dice usted! ¡Cuando ya se marcha! ¡Ha debido usted decírselo al entrar!

Lorenzo. Es lo mismo. ¿Usted es don Jesús el administrador?

Don Jesús. Servidor de usted. Y esta señora es Alonsa, el ama de llaves.

Lorenzo. Ya, ya lo he comprendido.

Alonsa. Servidora.

Lorenzo. También de ustedes se hace lenguas don Avelino; de su honradez, de su fidelidad... Tan seguro está él de que a su sobrina no ha de faltarle nada con ustedes, como si él estuviera.

Don Jesús fija la vista en una butaca.

Alonsa. Bien puede estarlo, sí, señor. Se le sirve como él se merece.

Lorenzo. Hasta luego. ¿Es por aquí?

Alonsa. Por aquí, sí: yo lo guiaré. ¡Don Jesús!

Don Jesús. ¿Eh?

Alonsa. Que se marcha este caballero.

Don Jesús. ¡Ah!

Lorenzo. No me despido: como he de volver pronto...

Don Jesús. Beso a usted la mano.

Lorenzo. Adiós.

Se va seguido de Alonsa por la puerta de la derecha. Don Jesús se lleva las manos a la cabeza y principia a dar paseos por el gabinete con muestras de grandísimo apuro.

Don Jesús. ¡Jesús, Jesús, Jesús! ¡Qué conflicto! ¡Esta sí que es gorda! ¡Nos va a costar la casa a Alonsa y a mí! ¡Ay, ay, ay!... ¡Y esa condenada mujer, con qué descarado miente! No sé, no sé, no sé por dónde escaparemos... Encarándose con Alonsa, que llega. ¿Y ahora, señora mía? ¿Y ahora?

Alonsa. ¿Qué?

Don Jesús. ¿Y ahora? ¿Quién tenía la razón, usted o yo?

Alonsa. Entre usted y yo, la razón la tengo yo siempre.

Don Jesús. ¿También en este caso?

Alonsa. Sí, señor; también. ¡El demonio del hombre, que por poco lo descubre todo con la cara de ajusticiado que puso! ¿Sabe usted lo que me ha preguntado ese caballero? ¡Que si le pasaba a usted algo!

Don Jesús. ¿Y usted qué le ha dicho?

Alonsa. ¡Que sí: que lo había cogido a usted con dos sinapismos en las pantorrillas! ¡Cualquier cosa! ¡Usted no se ha dado cuenta del temblor de piernas que ha traído!

Don Jesús. Pues los sinapismos, señora Alonsa, los tengo, en efecto, pero no en las pantorrillas, sino en la conciencia.

Alonsa. ¡Bah, bah!

Don Jesús. ¿Ah, bah, bah? ¿La de usted está tranquila, después de los elogios que ha oído que hace el señor de nuestra gran fidelidad?

Alonsa. ¡Por lo mismo!

Don Jesús. ¡Es usted un portento de frescura!

Alonsa. ¡Y usted el hombre más tonto que he conocido!

Don Jesús. Muy tonto, sí; pero cuando vuelva ese caballero y haya que decirle que la señorita Estela se ha ido a Guadalema a pasar el día, acompañada de la viudita de Villa Felisa, que es una loca, a ver a un novio como una casa que tiene la señorita Estela, sin que lo sepa don Avelino, ¡bonito pelo vamos a echar el administrador y el ama de llaves!

Alonsa. Sí; ¡como que le vamos a contar la verdad a ese caballero! ¡Cuando digo que es usted tonto!

Don Jesús. ¡Pues a ver por dónde sale usted, que es tan lista!

Alonsa. ¡Por los cerros de Úbeda, señor mío! ¡Todo menos cantar la gallina! Y si se descubre la verdad, yo le echo a usted la culpa.

Don Jesús. ¿A mí? ¿Pues no fué usted quien sintió en ello?

Alonsa. ¡Sí, señor!

Don Jesús. ¿Quién alentó a la señorita?

Alonsa. ¡Sí, señor! ¡Pero a don Avelino le diría que fué usted!

Don Jesús. ¡Y yo iba a callarme!

Alonsa. Bueno, bueno, basta de disputas, no lleguen los perros mientras se averigua si son podencos o son galgos. ¿Qué hacemos?

Don Jesús. ¿Cómo que qué hacemos? Usted dirá. Yo estoy aturdido, avergonzado, confuso. Me duele la cabeza. Al fin de cuentas va a resultar verdad lo de los sinapismos, porque voy a tener que ponérmelos. Suena la campana de la verja. Don Jesús se estremece. ¿Quién es?

Alonsa. ¡Ay, San Blas, qué castigo de hombre! se asoma al mirador. ¡Es la señorita Justina! ¡Oiga usted: a ésta le podemos pedir consejo! Se oye cantar en el jardín, acercándose, a la señorita Justina.

Don Jesús. ¡Al instante!

Alonsa. ¿Por qué no? ¡Usted verá cómo ella nos salva! ¡Usted verá cómo piensa algo bueno!

Don Jesús. ¡Pero si discurre menós que un mosquito!

Alonsa. ¿Quiere usted callar? ¡Si tiene una imaginación que es una llama!

Don Jesús. ¡Para los disparates! ¡Lo único que me faltaba a mí era el torbellino de la vecinita a estas horas!

Alonsa. ¡Ave María, qué hombre! ¡Se ahoga usted en un buche de agua!

Preséntase JUSTINA, también por la puerta de la derecha, cantando todavía. Viene de pintar al aire libre y trae la caja de pinturas. Es irreflexiva y locuaz.

Justina. Aquí estoy yo, que no he querido pasar de largo.

Alonsa. Buenos días, señorita.

Don Jesús. Buenos días.

Justina. Van ustedes a ver el mejor paisaje que se ha pintado en los tiempos modernos. Es indudable: la inspiración existe. Esta mañana, al saltar de la cama, sentí un temblor nuevo: era el paisaje que me temblaba en el espíritu. Van ustedes a verlo. La modestia es un mito: es una flor con que se quieren adornar los tontos. Cada artista tiene clara conciencia de su valer. Abre la caja y muestra en una tablita o cartón su obra maestra. Vea usted, don Jesús, usted que dice que entiende de pintura. Vea usted, Alonsa, usted que dice que no entiende. El vulgo comprende, por lo general, las obras de arte bastante mejor que los eruditos. ¿Eh, qué tal? Mire usted qué yerba; parece que tiene rocío. Mire usted qué monte; mire usted qué almendro; mire usted qué nube; mire usted qué vaca; mire usted qué gallo; mire usted qué perro.

Alonsa. ¡Sí que está propio todo, señorita! Pero... ¡mire usted qué cara!

Justina. ¿Qué le sucede a don Jesús? Deja la caja de pinturas. Entusiasmada con mi perro y con mi gallo no había parado mientes en él. Esto ocurre mucho: una en su cosa, en su pensamiento, en su vida interior, en su idea, y no hace caso de lo demás. ¿Qué tiene usted, don Jesusito? Ya sabe usted que yo lo quiero. ¿Aquello... otra vez? ¿Le ha salido *aquello* otra vez?

Don Jesús. No, señorita, no; no hay nada de *aquello*. Hay algo bastante peor.

Justina. ¿Sí? ¿Pues qué hay?

Alonsa. Ya lo conoce usted, señorita Justina: se apura de todo. No hay nada de particular. Yo la he visto entrar a usted y me he alegrado, porque espero que usted nos dé la solución.

Justina. A ver, a ver... ¿De qué se trata? ¿De usted, de Alonsa, de Roque, de don Avelino? ¿De qué se trata?

Don Jesús. Se trata de la señorita Estela.

Justina. Ah, vamos. Ya sé que esta mañana se ha

ido a Guadalema con doña Felisa a ver al novio, lo cual me ha aplaudido yo fervientemente.

Don Jesús. ¿Es posible?

Alonsa. ¿Lo está usted viendo, don Jesús?

Justina. Sólo en la cabeza de don Avelino—bueno, ya saben ustedes que don Avelino no me pasa de aquí— Señalándose la garganta. se puede cocer el disparate de que la pobrecita Estela, porque tiene la desgracia de ser muda, haya de tener mudo también el corazón.

Don Jesús. Don Avelino no piensa tal cosa.

Justina. ¡Sí lo piensa! Y el corazón de Estela ha dicho de pronto «aquí estoy yo», y ha empezado a gritar, a cantar, a alborotar, a no callarse... Yo sé la historia: primero fué como un piar de pájaro que quiere aire libre; después como una canción que se canta lejos y se oye cerca, o que se canta cerca y se oye lejos—es igual; —y últimamente como un himno de vida, vibrante y revolucionario, capaz de trastornar todo lo existente. «¡No le hagas caso a nadie mas que a mí!», le ha gritado su corazón a Estela; y Estela lo ha obedecido con la venda del amor en los ojos, y ya tiene un novio, y se ha escapado a verlo, y ha hecho bien, y yo la aplaudo aunque don Avelino la silbe. Vuelve al canto con que llegó.

Don Jesús. Un poco de orden y de seriedad, señorita, y menos discursos, que el caso es urgente.

Justina. ¿Urgente?

Don Jesús. Urgente, sí. Piense lo que quiera don Avelino, ¿por qué la señorita Estela no le ha dicho que tiene ese novio, que tiene esos amores?

Justina. ¡Señor, porque es muda! En ella es mucho más discupable que en otra cualquiera. Somos las que charlamos a troche y moche y nos callamos por lo general esas cosas...

Don Jesús. Bien; si usted quiere enterarse del caso, hágame el favor. No me interrumpa a cada momento.

Justina. Usted dirá.

Don Jesús. Don Avelino está en Madrid.

Justina. Y yo me alegro mucho. No me pasa de aquí; ya lo he dicho antes.

Don Jesús. Ha ido a sus negocios de bolsa...

Justina. Sí, sí: ¡de bolsa! ¡No están malos negocios! Se sabe todo.

Don Jesús. ¡Como usted quiera! Y a la cuenta en casa de su hermana la Condesa del Pino...

Justina. Que tampoco me pasa de aquí...

Don Jesús. ¡Señorita, de ahí es muy difícil que le pase a usted nada, porque siempre hay palabras que están saliendo y que lo estorban! ¡Yo no puedo contar esto así!

Alonsa. ¡Pues déjeme usted a mí, señor, que yo se lo explicaré en un instante! Lo que sucede, señorita Justina...

Justina. Ya me voy figurando algo.

Alonsa. Es que acaba de estar aquí un caballero...

Justina. ¿Joven, viejo o maduro?

Alonsa. Joven: y muy bien parecido.

Justina. Eso me gusta. ¿Tiene barba?

Alonsa. No.

Justina. Me alegro.

Don Jesús. ¡En un instante lo iba usted a explicar!

Justina. Calle usted ahora.

Alonsa. Y ese caballero trae una visita de Madrid.

Justina. ¿De don Avelino?

Alonsa. De don Avelino.

Justina. ¿Para la señorita Estela?

Alonsa. Eso es.

Don Jesús. Con esta carta de presentación.

Justina. ¡Ajajá!

Alonsa. Y va a volver dentro de un rato.

Justina. Y Estela, de Guadalema no vuelve hasta la noche.

Alonsa. Justo.

Justina. Y ustedes no le quieren decir a ese caballero que Estela se ha ido a Guadalema con la viudita.

Don Jesús. ¡Claro está!

Justina. Y menos que se ha ido a ver al novio.

Alonsa. ¡Naturalmente!

Don Jesús. ¡Naturalmente!

Justina. ¡Naturalmente! Rompe a bailar de júbilo, desconcertando a don Jesús. Lo mismo puede salir bailando la rumba cubana que unas seguidillas rondeñas.

Alonsa. ¡Ay qué graciosa! ¡Se pone a bailar!

Don Jesús. Mucho, muy graciosa. El baile es la mejor solución para este conflicto en que estamos.

Justina. Pero ¿quién habla de conflicto, señor? Traiga usted la carta ahora mismo. Vamos a enterarnos de lo que dice; de quién es ese joven sin barba; de qué objeto trae... ¡Y usted verá cómo no tiemblan las esferas, ni se para el curso del sol!

Alonsa. Tiene razón la señorita. ¿No le dije yo a usted que ella nos sacaría adelante?

Justina. Empezando la lectura de la carta, que interrumpe constantemente con espontáneos comentarios, los cuales ponen a don Jesús más nervioso de lo que ya está. «Idolatrada sobrina.» Sí, sí; idolatrada, desde que se murió su madre, y la niña heredó y nos pusimos a comer a dos carrillos. ¡Idolatrada! Sí, sí. ¡Idolatrada! Ya, ya. ¡Idolatrada!

Don Jesús. Señorita Justina...

Justina. Déjeme usted leer. «El portador de la presente...» ¡Qué bonita frase! ¡El portador de la presente! Este señor con el mismo estilo presenta un muchacho a una señorita que manda un poco de embutido a un amigote. ¡El portador de la presente! Mire usted que es prosaico. ¡Vamos, que el portador de la presente!

Don Jesús. El portador de la presente va a volver antes de que llegue usted a la firma.

Justina. Como dé usted en interrumpirme, sí, señor.

Don Jesús. Ah, ¿soy yo el que interrumpí?

Alonsa. ¿Tiene usted más que callar y dejarla?

Justina. Leyendo. «El portador de la presente...»--es que me hace daño la frase —«mi amigo don Lorenzo Miramar y Fernández de Córdoba...» ¿Córdoba con v? ¡Qué bonito! Este hombre no sabe ortografía. Córdoba es con b. ¿No ha pasado nunca por la estación? Verdad que la ortografía de los apellidos suele ser caprichosa. Como verá usted, me pongo en todo. ¡Don Lorenzo Miramar y Fernández de Córdoba! Sonar suena bien. A

Alonsa. ¿Y dice usted que no tiene barba?

Don Jesús. No la tiene; pero le nacerá durante la lectura de la cartita.

Justina. ¡Ja, ja! ¡Qué chusco! Está usted hoy de muy buen humor.

Don Jesús. Sí, muy bueno. Pero quisiera mañana tener otro.

Justina. «El portador de la presente, mi amigo don Lorenzo Miramar y Fernández de Córdoba...»

Don Jesús. ¿Otra vez?

Justina. Hay que coger el hilo. «... joven de distinguida familia y carrera brillante...» Y no dice ni qué familia ni qué carrera. ¡Qué talento de hombre! «... desea tener el gusto de conocerte a su paso para Guadalema.» ¡Conocerla al paso! ¡Se cae de galante este señor! «De modo y manera...» ¡También es un giro cervantesco! ¡El portador de la presente! «De modo y manera, que recíbelo tú en unión de mi fiel don Jesús...» ¡Jesús me valga! «... y ya me darás cuenta de tus impresiones y de las tuyas.» La carta de un quinto del pelotón de los torpes. Y se calla lo más interesante: si es soltero. No quiero leer más. Tome usted. Por supuesto, se me ocurren cien, mil, cincuenta mil, un millón de soluciones para el lance.

Alonsa. ¿Eh? ¿Qué dije yo?

Don Jesús. ¡Con una que sea aceptable nos basta, señorita!

Justina. La mejor y la más sencilla es ésta.

Don Jesús. ¿Cuál?

Justina. ¡Que le digan ustedes a ese caballero que yo soy la muda!

Don Jesús. ¡Vamos!

Alonsa. Riéndose. ¡La muda ella!

Don Jesús. Paseando inquietísimo. No es cosa de broma, como comprenderá.

Justina. ¿Cómo broma? ¿Broma, por qué? Estela es delgada, yo soy delgada; Estela es morena, yo soy morena; Estela tiene muy buenos ojos, yo no los tengo malos; Estela no habla, yo sí, pero me callo y punto concluído.

Don Jesús. ¿Usted qué ha de callarse, y perdone usted que se lo diga?

Alonsa. ¡Don Jesús!

Justina. Nada, nada; yo no me pico. Rechazada esa solución. Otra: decirle que ha venido una razón de mi casa advirtiéndoles a ustedes que la señorita se queda hoy a almorzar y a comer allí. Y no decirle dónde está mi casa. Otra: decirle que la señorita ha vuelto del paseo con dolor de cabeza y se ha tenido que meter en la cama. Y que cuando le da la jaqueca, lo menos se queda en cama dos días. Otra: que hoy es veintitrés, aniversario de la muerte de su chacha, y que en este día no recibe a nadie, porque tiene que hacer una novena.

Don Jesús. ¿Una novena en un día, señorita?

Justina. Otra...

Don Jesús. No, por Dios; si va a ser como las anteriores, omítala usted.

Suena de nuevo la campana de la verja.

Alonsa. ¡Chist! Calle.

Don Jesús. ¿Qué es eso? ¿Está ahí?

Alonsa. Ahí está.

Justina. Asomándose al mirador. ¡Sí que es un buen mozo! Tiene cara de artista.

Don Jesús. ¡Dios crucificado!

Justina. No se apure usted. No se apuren ustedes. Yo lo recibo. Yo los dejo a ustedes en su lugar. Se irá como loco.

Don Jesús. Eso sí que lo creo.

Justina. Alonsa, páselo usted aquí sin hablarle palabra.

Alonsa. Sí, señorita, sí: ahora mismo. Vase.

Don Jesús. ¡Por Dios, señorita Justina, que nos va el pan! ¿Qué va usted a decirle?

Justina. Lo primero que se me ocurra. De lo que él me diga dependerá lo que le diga yo. La verdadera inspiración no es lenta, como creen algunos machacones, sino muy al contrario. ¡Paf!

Don Jesús. ¡Paf! ¡Me estoy jugando el sosiego de mi vejez!

Justina. ¿Quiere usted no ser agonía?

Don Jesús. Maquinalmente. ¡Paf!

Justina. ¡Silencio! Y alegre ese semblante, hombre de Dios, o va a echarlo todo a rodar. No, nó; lo prudente es que se quite de en medio. Váyase de aquí.

Don Jesús. Sí, sí; es lo prudente: es lo más acertado. Dios la ilumine a usted. Yéndose por la puerta de la izquierda. ¡Paf!... ¡Paf!... No me llega la camisa al cuerpo.

Justina se retoca la persona con aire resuelto y se apercibe a recibir al caballero de la carta.

Vuelve LORENZO por la puerta de la derecha, precedido de ALONSA.

Alonsa. Pase usted.

Lorenzo. Apenas ve a Justina, a quien hace una reverencia, se detiene admirado y exclama: Ciertamente... Algo había de negarle Dios... Es encantadora. En los ojos de Justina brilla la inspiración y le hace un guiño a Alonsa. Ha decidido en aquel punto sustituir a Estela. Lorenzo le tiende la mano. Señorita... Justina le tiende la suya, sin palabras. Luego le muestra la carta de

don Avelino, dándole a entender que le complace mucho la visita, y le señala una silla para que se siente.

Alonsa. (¡Va a hacerle creer que es la señorita! Cuando se entere don Jesús se mete en la cama.) Con permiso.

Éntrase por la puerta de la izquierda haciéndose crucees. Justina se sienta y vuelve a indícarle a Lorenzo que lo haga. Éste la obedece encantado.

Lorenzo. Alzando la voz. No me hubiera perdonado jamás pasar por aquí y no detenerme a conocerla. Justina le indica que no tiene por qué gritarle. Ah, ¿no necesito levantar la voz? Justina niega. ¡Caso más extraño! ¿Oye usted bien? Justina afirma. ¡Sí que es particular! Pues su tío de usted no dejó de advertirme... Y aun me aconsejó que acentuara mucho el movimiento de los labios. Justina hace un gesto de desdén para don Avelino y luego se barreña la sien con un dedo. ¿Está loco su tío?

De aquí en adelante, para mejor comprensión de la actriz, escribiremos, subrayándolo, todo lo que se le ocurre a Justina, como si lo hablara. Ella, es claro, en su papel de muda, lo expresa ante Lorenzo valiéndose siempre de gestos y ademanes significativos y de tal cual sonido inarticulado.

Justina. *Completamente.*

Lorenzo. ¡Ja, ja, ja!

Justina. *Y yo también, por de contado.*

Lorenzo. ¿Usted también? Eso me resisto a creerlo.

Justina. *Usted lo verá.*

Lorenzo. Pues no eran esas mis noticias. Me han engañado.

Justina. Estirándose hacia las sienes los dos ojos. *Como a un chino.*

Lorenzo. ¿Como a un chino?

Justina. *Precisamente.*

Lorenzo. ¡Ja, ja, ja!

Justina. *Tiempo al tiempo.*

Pausa. Entre que no puede callar mucho rato y que se le ocurren

mil cosas y no sabe cómo expresarlas, pasa unos instantes de gracioso desasosiego, que Lorenzo advierte.

Lorenzo. ¿Qué le ocurre? ¿Qué quiere usted decirme?

Justina. *¿Conoce usted el lenguaje de las manos?*

Lorenzo. ¿El lenguaje de las manos?

Justina. *Sí. ¿Lo conoce usted?*

Lorenzo. Poco. Algo sé. ¿Cómo son las letras que usted hace?

Justina. *Fíjese usted.*

Empieza a hacer el abecedario de las manos, despacio primero, para que Lorenzo se fije, y precipitándose maquinalmente a medida que avanza en él.

Lorenzo va nombrando todas las letras, siguiendo embelesado los movimientos de Justina.

Lorenzo. A B C D E F G H I J L L I M N Ñ O P Q R S T U V X Y Z.

Justina. Aplaudiendo. *¡Bravo! ¡bravo! ¡Las sabe usted todas!*

Lorenzo. No es que las sé, no: es que sé el orden del alfabeto. Tiene usted una letra lindísima.

Justina. Sonriendo y mirándose la mano. *Psch.*

Lorenzo. Pregúnteme usted alguna cosa, a ver si comprendo.

Justina. Obedeciendo rápidamente. *¿Esperaba usted que yo fuera así?*

Lorenzo. No entiendo jota. Escribe usted demasiado aprisa. O será que me marean a mí los rasgos de las letras.

Justina. *Es usted muy galante. Le preguntaré lo mismo más despacio.*

Lorenzo. ¿Más despacio? Bueno.

Justina. Repitiendo la misma frase con gran lentitud. *¿Es-pera-ba-us-ted.que-yo-fue-ra-a-sí?*

Lorenzo. Deletreando la pregunta. *¿Es-pe-ra-ba-us-ted que-yo-fue-ra-a-sí?*

Justina. *¡Magnífico!*

Lorenzo. No, por cierto; esta es la verdad. Bella e interesante la suponía a usted, pero no tanto, Estela.

Justina. *Por Dios...*

Lorenzo. Conocía su desgracia, y presumía, yo no sé con qué fundamento, que sería usted una mujer melancólica. Bella, pero triste: una noche de luna. Y llego a verla a usted, y me hallo con una mañana de primavera.

Justina. *¡Jesús, María y José!*

Se santigua como sorprendida del piropo. Luego mira a Lorenzo con interés.

Lorenzo. ¡Tener sobre sí ese tormento de no poder hablar!...

Justina. *¡Que es más grande de lo que usted se figura!*

Lorenzo. Muy grande, ¿verdad?

Justina. *¡Uf!*

Lorenzo. Tener sobre sí ese tormento, digo, y conservar en el espíritu esa alegría que inunda su persona, es ser dos veces bella.

Justina. *Mil gracias.*

Lorenzo. No hay de qué.

Justina. Por medio de las manos de nuevo. *Usted es dos veces simpático.*

Lorenzo. ¿Dos veces simpático? Fortuna mía es el parecérselo a usted.

Justina. *Siempre galante.*

Lorenzo. Y después de todo, amiga mía, bien comprendo al verla esta su alegre resignación. Usted no necesita de las palabras para hablar. Sus manos hablan, y no porque sepan fingir letras, sino porque con su vuelo de mariposas expresan y pintan... Hablan sus piececitos, asomando al borde de la falda, inquietos y graciosos... Justina los esconde. ¡No los oculte usted, que me gustaba la conversación que traían!

Justina. Sonriendo. *Je...*

Lorenzo. Habla también su boca linda, tal vez elegida para no hablar como las demás, sino con su sonrisa suave... Hablan sus ojos... más que sus pies y que sus manos y que su sonrisa... Usted, callada, habla.

Justina. *Pues ahora no sé qué decir.*

Lorenzo. Además, es usted modesta. Otro encanto. Las palabras, Estela, importan en la vida, no por ser palabras, sino porque son como las flores de un alma que nos interese... Conociendo el alma, admirándola, las palabras no nos importan, porque sin oírlas las oímos. En cambio, cuando el alma que tenemos frente a la nuestra nada vale ni nos inspira ningún interés, sus palabras no son más que vano ruido. Justina se pone un poquito seria. Si yo no temiera que usted fuese a tomarlo a lisonja, que en este caso por mi parte sería de mal gusto, quizás me aventuraría a decirle a usted que su mutismo me es profundamente simpático; porque lo que más detesto en este mundo es una mujer habladora. Justina se levanta. ¿Qué le pasa? Justina no puede disimular su inquietud. ¿Qué tiene usted? ¿Soy yo culpable de esa alteración que le noto?

Justina. *No, señor, no.*

Lorenzo. ¿He dicho alguna inconveniencia?

Justina. *No, no.* Mira aquí y allá como buscando algo.

Lorenzo. ¿Qué busca usted?

Justina. Encontrando y cogiendo una pizarrita y un lápiz del uso de Estela. *Esto buscaba.*

Lorenzo. Ah, vamos; para entenderse conmigo por escrito.

Justina. *Sí, señor.*

Lorenzo. Mejor es. Ahora me explico su impaciencia, y se la agradezco: quería usted responderme algo a cuanto le he dicho.

Justina. *Ni más ni menos.*

Escribe nerviosamente, tachando palabras y volviendo a escribirlas después. Al cabo le muestra la pizarrita a Lorenzo, que lee en ella.

Lorenzo. «¿Es de veras que odia usted a las mujeres charlatanas?» De veras, sí, de veras: no es gana de halagarla a usted. ¡Las odio con mis cincosentidos!

Justina. Sin poder contenerse. ¡Pues la hemos hecho buena!

Lorenzo. Atónito, desconcertado. ¿Eh? ¿Qué?

Justina. ¡Jesús!

Lorenzo. ¿Ha hablado usted, Estela? ¿Qué es esto?

Justina. ¡Esto es, señor mío, que no puedo más, que no puedo más, y que no puedo más! ¡Ay! ¡ay! ¡Me ahogaba, me ahogaba enteramente! ¡Ni yo soy Estela, ni mucho menos muda, ni Dios me mande jamás ese castigo! ¡Ay! ¡ay! ¡Qué veinte minutos! ¡Ay! ¡Creí que me moría!

Lorenzo. Pero... pero... Yo estoy sin sangre... yo no sé lo que veo... no sé lo que oigo... ¿Me quiere usted explicar, señorita...?

Justina. Sí, señor, sí; con muchísimo gusto; mucho mejor que por las manos o por la pizarrita; le interese a usted mi alma o no le interese, y le parezcan mi palabras flores o ruido. ¡Ay! ¡Esto ya es vivir! Mire usted, señor mío: Estela, la sobrina de don Avelino, tiene un novio secretamente y se ha marchado a Guadalema a verlo; Alonsa y don Jesús estaban aterrados con la inesperada visita de usted; yo les ofrecí salvarlos del apuro; llegó usted en esto, me tomó por Estela, a mí me hizo gracia la confusión y, sin pensarlo, ¡paf! me encargué de su papel en el lance. Y esto es todo. Mi nombre es Justina; estoy de temporada en la casita de enfrente, con mamá; dicen que tengo un tornillo flojo; invento novelas; toco el arpa; pinto tablitas... y no necesito para nada hablar por las manos, porque hablo por los codos, como usted ve.

Lorenzo. Un tanto arrepentido de sus declaraciones sobre la charla. Bien... bien... está muy bien, señorita. Por salvar

a una amiga se ha impuesto usted el sacrificio de callar un rato... Y dice usted que tiene un novio...

Justina. No; yo no.

Lorenzo. Su amiguita de usted: Estela.

Justina. Ah, Estela, sí. Por causa del dichoso novio me he visto yo en el caso de oírle decir a usted que aborrece a las habladoras.

Lorenzo. No, no, no... usted dispense... Yo he dicho eso porque... Usted debe hacerse cargo de las circunstancias...

Justina. Mire usted, no le dé usted vueltas, Lorenzo; eso que me ha dicho usted a mí, ¡a mí, que hablo por veinticinco! eso... no tiene arreglo. Por lo menos hoy.

Lorenzo. Menos mal si usted me concede que pueda tenerlo otro día. Pero, hoy, ya que no arreglarlo del todo, quiero que me permita usted decirle algo en descargo mío.

Justina. Sí, señor, sí: permitido está. Trabajillo va a costarle a usted buscar la callejuela. Y cuenta que me ha parecido usted un poco ingenioso. Y un poco poeta. Y muy galante. Y muy... Bueno, hable usted.

Lorenzo. Muchas gracias. En primer lugar, amable Justina, y en la suposición de que yo hubiera sido sincero al asegurar que detesto a las mujeres habladoras, nada hay tan sabroso como la excepción de la regla. Bien podía detestarlas a todas, y usted encantarme.

Justina Je...

Lorenzo. Luego, ¡es tan humano, tan natural, tan disculpable, cuando una persona nos cautiva, que nuestra simpatía convierta en gracias y atractivos lo que no son en suma sino defectos para cualquier observador desapasionado! Justina lo mira. Y, en último caso, yo soy un hombre de corazón. Yo le suplico a usted que sólo vea en lo que dije la intención de un consuelo piadoso para quien creía que era usted: para la desventurada muchacha mudita. Justina pálidece. Y no hablo más por

hoy, ya que por hoy, según usted misma, es inútil que pretenda justificarme.

Justina. No, no... Sin embargo... La verdad en su punto: debo confesarle que me han sonado a sinceras estas palabras tuyas.

Lorenzo. Y lo son: podían no serlo, mientras la piedad y el respeto a una desgracia irremediable lo pedían de mí. Pero ahora que esa consideración ha desaparecido, todo cuanto le digo a usted es sincero. Como lo fué también cuanto le dije de sus encantos: de sus pies, de sus manos, de su boca, de sus ojos, de su alegría... Silencio. ¿Me cree usted? Justina no sabe qué contestar y le sonríe. Ya veo que sí. Nuevo silencio. Y la dejo, que no quiero importunarla demasiado. Yo estoy en el Tomillar, en casa de un amigo, y esta noche pensaba seguir para Guadalema, ciudad que no conozco. Pues bien: me vuelvo al Tomillar, y mañana, si usted me autoriza, vendré aquí o iré a su casa de usted a visitarla. Justina se sorprende. ¿Quiere usted que paseemos juntos un rato por estos campos pintorescos, cuyas bellezas usted de seguro me sabrá mostrar mejor que nadie? Justina se turba. ¿Quiere usted que este gracioso modo como nos hemos conocido sea el origen y fundamento de una amistad que, para mí al menos, no puede ser más grata? ¿Quiere usted? Con suave emoción. ¿Nos vemos mañana, Justina? ¿Es atrevimiento en mí lo que le pido? Justina trata de responder, pero ahora tampoco da con las palabras. ¡Oh! ¡Ha vuelto usted a enmudecer!... Bien: no se esfuerce. No me pesa, porque sé que habla. He creído leer una respuesta afirmativa en sus ojos... y no quiero desengañarme. Hasta mañana. Justina, emocionada, lo ve irse sin decirle esta boca es mía. Lorenzo se vuelve a saludarla en la puerta y le pregunta: ¿Hasta mañana?

Justina. Con la mano, graciosamente. *Sí.*

Lorenzo. ¿Sí? Muchas gracias. Vase.

Justina, como sugestionada, se asoma a la puerta tras un instan-

te de vacilación. En seguida corre al mirador y desde allí observa el paso de Lorenzo por el jardín. De improviso esconde el rostro ruborosa, como si Lorenzo la hubiera sorprendido. Luego se aparta del mirador un momento y torna a él. Entonces responde con una inclinación de cabeza a un saludo que Lorenzo le dirige. Después le dice adiós con la mano. Inmediatamente coge su sombrero y maquinalmente se lo pone.

Salen en esto por la puerta de la izquierda ALONSA y DON JESÚS, inquietos y curiosos.

Alonsa. ¿Qué es eso? ¿Se va usted?

Justina. Sobrecogida. ¿Eh? ¿Qué?

Alonsa. ¿Se marchó ya ese caballero?

Don Jesús. ¿Qué ha pasado?

Alonsa. ¿Qué ha pasado?

Justina. Volviendo a ser quien era. ¿Que qué ha pasado?

Rompe a bailar llena de alegría.

Don Jesús. ¿El baile otra vez? ¿Qué ha pasado, por Dios bendito?

Justina. ¡Tranquilícese usted, don Jesús! ¡No le ocurre a usted nada! ¡Hasta van a subirle a usted el sueldo! ¡Don Lorenzo Miramar y Fernández de Córdoba sabe lo que es el amor y se pone en todo! ¡Está usted absuelto completamente!

Don Jesús. ¡Ay, Dios mío!

Alonsa. ¿Lo ve usted? ¿Y volverá luego?

Justina. Volverá mañana.

Don Jesús. ¿Mañana?

Alonsa. ¿A conocer a la señorita Estela?

Justina. ¡Y a seguir conociéndome a mí! ¡Yo no he visto nunca un hombre más simpático! ¡Me ha comparado a una mañana de primavera!

Don Jesús. Pero ¿usted se fingió muda, como me ha dicho Alonsa?

Justina. Sí, señor, sí; me fingí muda, y muda estuve un rato, y luego volví a hablar y después enmudecí otra vez sin proponérmelo... ¿Qué fué? Lo que fué, bien

claro me lo está cantando a mí mi corazón, como el suyo se lo ha cantado a Estela. Y por lo que he sentido yo en un momento, les aseguro a ustedes que si Estela se pasa el día de hoy junto a su novio, vuelve hablando esta noche.

Alonsa. Riéndose. ¡Que vuelve hablando dice!

Don Jesús. Sí, pero no concreta nada; no aclara nada; no sabemos a qué atenernos.

Alonsa. ¡Qué pesado es usted, señor! ¿No le ha dicho ya que esté usted tranquilo?

Justina. ¡Y que le van a subir el sueldo! ¡Y a usted también! Y no hablo más ahora, y me voy a mi casa, que me espera mi madre, que estará sorda sin oírme. Hasta después; hasta la tarde; hasta la noche; hasta mañana; hasta cuando sea. Buenos días. Volviéndose desde la puerta. Lo dijo el poeta:

El amor es un algo indefinible,
que conmueve y altera lo que toca
a su paso callado e invisible;
que da y quita palabras a la boca;
que saca el agua de la estéril roca,
y funde lo imposible en lo posible.

¡Salud! Vase.

Alonsa. Vaya usted con Dios, señorita.

Don Jesús. Vaya usted con Dios.

Alonsa. Encarándosele. ¿Y ahora? ¿Qué me dice usted a mí ahora?

Don Jesús. ¿Ahora?... Yo, nada... ¡Por lo visto, tiene la palabra el poeta!

Se oye a Justina cantar jardín adelante, mientras cae el telón. Alonsa se asoma al mirador. Don Jesús se santigua.

FIN

Madrid, Abril, 1913.

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

Publicadas por la *Sociedad de Autores Españoles*:

- Esgrima y amor**, juguete cómico. (2.^a edición.)
Belén, 12, principal, juguete cómico. (2.^a edición.)
Gillito, juguete cómico lírico. Música del maestro Osuna. (3.^a edición.)
La media naranja, juguete cómico. (3.^a edición.)
El tío de la flauta, juguete cómico. (3.^a edición.)
El ojito derecho, entremés. (4.^a edición.)
La reja, comedia en un acto. (5.^a edición.)
La buena sombra, sainete en tres cuadros, con música del maestro Brull. (6.^a edición.)
El peregrino, zarzuela cómica en un acto. Música del maestro Gómez Zarzuela. (2.^a edición.)
La vida íntima, comedia en dos actos. (3.^a edición.)
Los borrachos, sainete en cuatro cuadros, con música del maestro Giménez. (3.^a edición.)
El chiquillo, entremés. (7.^a edición.)
Las casas de cartón, juguete cómico. (2.^a edición.)
El traje de luces, sainete en tres cuadros, con música de los maestros Caballero y Hermoso. (2.^a edición.)
El patio, comedia en dos actos. (5.^a edición.)
El motete, pasillo con música del maestro José Serrano. (3.^a edición.)
El estreno, zarzuela cómica en tres cuadros. Música del maestro Chapí. (2.^a edición.)
Los Galeotes, comedia en cuatro actos. (4.^a edición.)
La pena, drama en dos cuadros. (2.^a edición.)
La azotea, comedia en un acto. (2.^a edición.)
El género ínfimo, pasillo con música de los maestros Valverde (hijo) y Barrera.
El nido, comedia en dos actos. (3.^a edición.)
Las flores, comedia en tres actos. (3.^a edición.)
Los piropos, entremés. (2.^a edición.)
El flechazo, entremés. (3.^a edición.)
El amor en el teatro, capricho literario en cinco cuadros, prólogo y epílogo. (2.^a edición.)
Abanicos y panderetas o ¡A Sevilla en el botijo! humorada satírica en tres cuadros, con música del maestro Chapí.
La dicha ajena, comedia en tres actos y un prólogo. (2.^a edición.)
Pepita Reyes, comedia en dos actos. (2.^a edición.)
Los meritorios, pasillo.
La zahorí, entremés. (2.^a edición.)
La reina mora, sainete en tres cuadros, con música del maestro José Serrano. (3.^a edición.)
Zaragatas, sainete en dos cuadros. (2.^a edición.)

- La zagala**, comedia en cuatro actos. (2.^a edición.)
- La casa de García**, comedia en tres actos.
- La contrata**, apropósito.
- El amor que pasa**, comedia en dos actos. (2.^a edición.)
- El mal de amores**, sainete con música del maestro José Serrano.
- El nuevo servidor**, humorada.
- Mañana de sol**, paso de comedia. (2.^a edición.)
- Fea y con gracia**, pasillo con música del maestro Turina.
- La aventura de los galeotes**, adaptación escénica de un capítulo del *Quijote*.
- La musa loca**, comedia en tres actos.
- La pitauza**, entremés.
- El amor en solfa**, capricho literario en cuatro cuadros y un prólogo, con música de los maestros Chapí y Serrano.
- Los chorros del oro**, entremés. (2.^a edición.)
- Morritos**, entremés.
- Amor a oscuras**, paso de comedia.
- La mala sombra**, sainete con música del maestro José Serrano. (2.^a edición.)
- El genio alegre**, comedia en tres actos. (3.^a edición.)
- El niño prodigio**, comedia en dos actos.
- Nanita, nana...**, entremés con música del maestro José Serrano.
- La zancadilla**, entremés.
- La bella Lucerito**, entremés con música del maestro Saco del Valle.
- La patria chica**, zarzuela en un acto. Música del maestro Chapí. (2.^a edición.)
- La vida que vuelve**, comedia en dos actos.
- A la luz de la luna**, paso de comedia.
- La escondida senda**, comedia en dos actos.
- El agua milagrosa**, paso de comedia.
- Las buñoleras**, entremés.
- Las de Caín**, comedia en tres actos.
- Las mil maravillas**, zarzuela cómica en cuatro actos y un prólogo. Música del maestro Chapí.
- Sangre gorda**, entremés.
- Amores y amoríos**, comedia en cuatro actos. (2.^a edición.)
- El patinillo**, sainete con música del maestro Gerónimo Giménez.
- Doña Clarines**, comedia en dos actos.
- El centenario**, comedia en tres actos.
- La muela del Rey Farfán**, zarzuela infantil, cómico-fantástica. Música del maestro Amadeo Vives.
- Herida de muerte**, paso de comedia.
- El último capítulo**, paso de comedia.
- La rima eterna**, comedia en dos actos, inspirada en una rima de Bécquer.
- La flor de la vida**, poema dramático en tres actos.
- Solico en el mundo**, entremés.
- Palomilla**, monólogo.
- Rosa y Rosita**, entremés.

El hombre que hace reír, monólogo.
Anita la Risueña, zarzuela cómica en dos actos. Música del maestro Amadeo Vives
Puebla de las Mujeres, comedia en dos actos.
Malvaloca, drama en tres actos.
Sábado sin sol, entremés con música del maestro Francisco Bravo.
Las hazañas de Juanillo el de Molares, apropósito.
Mundo, mundillo..., comedia en tres actos.
Fortunato, historia tragi-cómica en tres cuadros.
Sin palabras, comedia en un acto.
Nena Teruel, comedia en dos actos y un epílogo.
Hablando se entiende la gente, entremés.
El amor bandolero, zarzuela en tres cuadros. Música de los maestros Bravo y Torres.
Los Leales, comedia en tres actos.



Publicadas por la *Biblioteca Renacimiento*:

Comedias escogidas:

- I.—Los Galeotes.—El patio.—Las flores.
- II.—La zagala.—Pepita Reyes.—El genio alegre.
- III.—La dicha ajena.—El amor que pasa.—Las de Caín.
- IV.—La musa loca.—El niño prodigio.—Amores y amoríos.
- V y último.—La casa de García.—Doña Clarines.—El centenario,

En tomos sueltos:

La rima eterna, La flor de la vida, Puebla de las mujeres, Malvaloca, Mundo, mundillo..., Fortunato, Sin palabras, Nena Teruel y Los Leales.

En preparación:

De la tierra baja, cuentos andaluces.
Las aventuras de Tartajilla (Apuntes de un maestro de escuela), novela para niños.

Pompas y honores, capricho literario en verso por *El Diablo Cojuelo*. Fernando Fe, Madrid.

Fiestas de amor y poesía, colección de trabajos escritos ex profeso para tales fiestas. Manuel Marín, Barcelona.

TRADUCCIONES

Al ITALIANO:

- I fastidi della celebrità** (*La vida íntima*), por Giulio de Medici.
Il patio (Il cortile sivigliano), por Giuseppe Paolo Pacchierotti.
I Galeoti (*Los Galeotes*), por el mismo.
La pena, por el mismo.
I fiori (*Las flores*), por el mismo.
La casa di García, por Luigi Motta.
L'amore che passa, por Giuseppe Paolo Pacchierotti.
Mattina di sole (*Mañana de sol*), por Luigi Motta y Gilberto Beccari.
Amore al buio (*Amor a oscuras*), por Luigi Motta.
Anima allegra (*El genio alegre*), por Juan Fabr e y Oliver y Luigi Motta.
Al chiaro di luna (*A la luz de la luna*), por Luigi Motta.
Le fatiche di Ercole (*Las de Cain*), por Juan Fabr e y Oliver.
Siora Chiaretta (*Doña Clarines*), por Giulio de Frenzi. Adaptación veneciana de Gino Cucchetti.
Il centenario, por Franco Liberati.
L'ultimo capitolo, por Luigi Motta y Gilberto Beccari.
Il fior della vita, por los mismos.
Malvaloca, por los mismos.
Ragnatele d'amore (*Puebla de las Mujeres*), por Enrico Tedeschi. Adaptación veneciana de Carlo Monticelli con el título de *El paese de le done*.
La zanze (*La zagala*), por Giuseppe Paolo Pacchierotti.

Al ALEMÁN:

- Ein Sommeridyll in Sevilla** (*El patio*), por el Dr. Max Brausewetter.
Die Blumen (*Las flores*), por el mismo.
Das fremde Glück (*La dicha ajena*), por J. Gustavo Rohde.
Die Liebe geht vor ber (*El amor que pasa*), por el Dr. Max Brausewetter.
Ein sonniger Morgen (*Mañana de sol*), por Mary v. Haken.
Lebenslust (*El genio alegre*), por el Dr. Max Brausewetter.

Al FRANCÉS:

- Matin e de soleil** (*Mañana de sol*), por V. Borzia.
La fleur de la vie (*La flor de la vida*), por Georgos Lafond y Albert Boucheron.

Al HOLANDÉS:

- De bloem van het leven** (*La flor de la vida*), por N. Smidt-Roeneke.



PRECIO: UNA PESETA